

Dl lunes, 13 de abril, el mundo conoció cuarenta y cinco minutos de fiebre. A las 21,50, un «flash» —«flash», «relámpago» en castellano, es la palabra inglesa con que el periodismo internacional distingue las noticias extremadamente urgentes— anunciaba la muerte de Krutchev. El telegrama apareció con segundos de intervalo en todos los teletipos del mundo, firmado por todas las agencias de información, pero atribuyendo la noticia siempre a una fuente: la Agencia D. P. A., o Agencia Alemana de Prensa, con sede en Hamburgo (Alemania del Oeste). Casi inmediatamente algunas agencias transmitieron otra información, procedente esta vez de Radio Colonia —siempre en la Alemania del Oeste— en la que se atribuía la muerte de Krutchev a una «hefocapalytrosis aguda». La D. P. A. lanzó luego un nuevo «flash»: atribuyó la noticia a la Agencia soviética Tass, fijaba la hora del fallecimiento con exactitud —las 20,19— y decía la causa del fallecimiento: cirrosis hepática. Todo ocurría como de costumbre en las noticias espectaculares: un telegrama escueto que se va ampliando en círculos concéntricos. Algo muy semejante se había producido cinco meses antes, con motivo del asesinato de Kennedy. En principio no había razones para dudar. En el fondo, había dos razones fundamentales: la «hefocapalytrosis» es una enfermedad que no existe, y la cirrosis hepática no puede presentarse como aguda más que en los casos de alcoholismo —aunque haya excepciones—, y Krutchev no bebe alcohol desde hace muchos años. Pocas de las personas que manejaron estos telegramas tuvieron tiempo en pararse a analizar las contradicciones. Ahora, visto el hecho a distancia, sirven para sospechar que hubo algo más que error y apresuramiento en la falsa noticia. No se producen por error tantos detalles y tan erróneos: la mala fe debe andar por medio.

Todo el fabuloso mecanismo de la información, el sistema nervioso que recorre el mundo, se puso inmediatamente en funcionamiento. Embajadores sacudidos en pleno sueño, fiestas interrumpidas, saltos repentinos de ministros a sus automóviles. Hubo un lapso de cuarenta y cinco a cincuenta minutos —según los países— hasta que el desmentido tuvo consistencia. Y, aún así, hasta que a la mañana siguiente se vio a Krutchev en Moscú, hubo muchas personas que mantuvieron la idea de que la noticia era cierta y el Kremlin la estaba ocultando.

El problema no fue demasiado grave para los periódicos. Entre la recepción de un «flash» y el lanzamiento de una edición especial hay más tiempo del necesario para la comprobación de una noticia. Pero hay un periodismo paralelo —que no debía llamarse periodismo, puesto que esta palabra entraña la existencia de una publicación impresa periódica— que cayó en la trampa. Varias emisoras de televisión del mundo interrumpieron sus emisiones, proyectaron un retrato de Krutchev y leyeron el «flash». Puede decirse que un noventa por ciento de las emisoras de radio hicieron lo mismo: la noticia llegó a la calle. Pero hay otra forma de información más peligrosa: los Ministerios, las Embajadas, las Bolsas, tienen teletipos directos con las Agencias, y reciben la información sin intermediarios. En la Casa Blanca de Washington, Johnson recibió la noticia cuando llegaba de la inauguración de la temporada de «base-ball»: la agitación que se produjo a partir de ese momento fue —según algunos corresponsales— indescriptible. No se ha llegado a saber —o, al menos, no lo he sabido yo— si el Presidente utilizó el famoso «teletipo rojo» que le une con el Kremlin. La Bolsa de San Francisco sufrió una baja inmediata (la de Nueva York estaba cerrada ya): se temía la guerra. En París, el oficial de guardia del Eliseo, un coronel, no creyó oportuno despertar a De Gaulle hasta recibir más noticias: el mentís le llegó a tiempo y el general no se enteró hasta la mañana siguiente. (Esta es la versión oficial: hay quien piensa que De Gaulle estaba ya enfermo, aunque se le ocultaba a la nación, y que su discurso del jueves pasado estaba grabado en cinta y película precisamente para cubrir toda clase de rumores.) En cambio, en el Ministerio de Información, el ministro asistía con la prensa a la proyección en privado de un nuevo «film» («Cien mil dólares al sol», de Henri Verneuil) y la proyección fue suspendida para que todo el mundo pudiera «hacer frente a la situación». La Embajada soviética en París se vio de pronto rodeada de guardias que trataban de «protegerla» —para el caso supuesto de que la noticia produjera alguna reacción—, mientras el embajador, Vinogradov, desmentía oficialmente la noticia y acusaba a los alemanes de provocación.

* * *

En realidad, el asunto no ha tenido ninguna consecuencia directa, a no ser la de permitir ciertas meditaciones. Incluso puede decirse que ha dado un resultado positivo por cuanto ha hecho pensar. Una de las opiniones más exactas es la de un actor, Bernard Blier, que estaba en el Ministerio de Información cuando la proyección del «film» del que él es protagonista fue suspendida: «Ahora que sé que la «resurrección» de Krutchev está establecida, digo que me parece aterrador que una noticia falsa de tal envergadura pueda ser difundida; aterrador que no se haya cuidado nadie de verificar una noticia de esa importancia. Es un poco como si un día una agencia cualquiera anunciase de pronto el envío de Rusia o de América de una flotilla de cohetes nucleares. Imagínense ustedes lo que podría ocurrir». Podría ocurrir, claro, todo. Puede decirse que precisamente por esa eventualidad se ha instalado el «teletipo rojo» entre la Casa Blanca y el Kremlin. Pero, ¿sería suficiente para evitar el mal? ¿Qué reacción tendrían otros países que no tienen ese sistema de comunicación? Y aunque lo peor pudiera ser evitado, ¿qué pasaría con las multitudes de las grandes ciudades, sorprendidas de pronto por la transmisión radiofónica de algo semejante a lo que imagina Bernard Blier?

FLASH

L'AGENCE ALLEMANDE D.P.A. A ANNONCE A 20 H50 GNT
QUE LE PRESIDENT KHROUCHTCHEV ETAIT MORT
AFP- OT
A F P 21-55

SNAP*****

BONN. - L'AGENCE ALLEMANDE DPA, CITANT L'AGENCE -
TASS, ANNONCE CE SOIR LA MORT DE N. KHROUCHTCHEV
EL N'Y A AUCUNE AUTRE CONFIRMATION POIR
L'INSTANT.
(REUTER) 2207

LA FALSA MUERTE DE KRUTSCHEV

Por EDUARDO HARO TEGLEN

Ha habido ya muchos casos de falsas noticias. En 1944, una agencia difundió la noticia de que Hitler había perecido en un atentado. El atentado fue cierto; la muerte, no, pero la noticia fue suficiente para que algunos militares alemanes cambiaran urgentemente de actitud; Alemania estuvo a punto de perder la guerra antes de su hora, aunque todo se limitó a que algunos militares prematuros perdieran sus cabezas. En noviembre de 1960, una agencia occidental transmitió, desde Viena, la noticia de que Krutchev había sido detenido y sustituido por Malenkov. Algunos lectores recordarán aún la desgracia de un gran periódico madrileño que anunció la presencia del jefe de policía de Stalin, Beria, en España, cuando ya estaba muerto en una prisión de Moscú. Circula a este propósito una versión que yo me guardo bien de garantizar, pero que tiene verosimilitud: los servicios de contraespionaje de los Estados Unidos —el F. B. I. o la C. I. A.— prepararon esta operación con objeto de hacer creer que Beria había huido de la URSS con todas las listas de los agentes soviéticos en el extranjero y provocar así entre éstos una ola de pánico que les descubriese, y preparó tan bien la operación que el citado periódico no dudó de que tenía en sus manos una información de primera magnitud mundial.

Los que manejamos a diario un material tan vidrioso, tan frágil, como la información, sabemos bien que todo puede ocurrir, y que hay errores de buena fe que sobrepasen todas las medidas de seguridad, todos los controles imaginables. Un periodista puede creer cualquiera de las explicaciones que ha dado de su error la Agencia D. P. A. Puede creer que un corresponsal japonés entendiera mal una frase pronunciada en inglés, por teléfono, de un empleado de la Agencia Tass: «The story is dead» («El tema ha terminado») puede ser entendido como «Krutchev is dead» («Krutchev ha muerto»). **SIGUE**

PANORAMA INTERNACIONAL

Un periodista puede creer que una cinta perforada puede mutilarse en un aparato de «telex» o de teletipo y convertir en noticia firme lo que era una petición de confirmación: que coincidan las dos cosas es más difícil de creer, aunque también es posible. Todo se va haciendo más increíble cuando se piensa que se ha transmitido una hora de fallecimiento —las ocho treinta—, y que se han dado dos causas de fallecimiento: una enfermedad que no existe y otra —la cirrosis hepática— que es inverosímil en un abstemio forzoso —por cierto, que aún se sigue diciendo que Krutchev bebió vodka con naranja en la fiesta de su cumpleaños—. Y, en fin, todo coincide en hacerse sospechoso, dudoso, cuando se sabe que la DPA es una agencia especializada en el anticomunismo, en el antikrutchevismo, y que sus informaciones no siempre obedecen a la objetividad, sino que están teñidas de una determinada intoxicación política. En el mundo se considera que hay «cinco grandes» de la información: la Agencia Reuter (británica), la U. P. I. y la Associated Press —de Estados Unidos—, la Tass —soviética— y la France Presse, francesa. Todas ellas están, de una forma o de otra, controladas por sus Gobiernos, todas ellas ofrecen por lo menos una versión patriótica de la información que transmiten; pero de una manera general moderan en lo posible su tendenciosidad. Las pequeñas agencias nacionales, que no pueden permitirse el lujo de tener fuentes propias de información —la información internacional es una materia carísima— son más o menos subsidiarias de estas «cinco grandes» y no pueden garantizar por sí mismas la veracidad de lo que transmiten —salvo, claro, en el ámbito local—. Esto quiere decir que el mundo occidental está prácticamente dominado por las cuatro agencias citadas, dos de ellas americanas, y el mundo comunista por la Agencia Tass.

Sin embargo, hay una «sensibilidad» especial para la información, una especie de nuevo sentido que tiene el ciudadano del mundo para defenderse contra las noticias tendenciosas. La abundancia de prensa dirigida, de controles de Estado para la información, de censuras directas o indirectas, de «bourrage de crâne» de las emisoras de radio y de televisión estatales, ha llegado a producir esta misteriosa actitud de defensa e intuición de la verdad. Algo así —por buscar un ejemplo biológico— como lo que pasa con los microbios, que se han creado defensas propias contra la penicilina que les ataca, o los insectos que van siendo cada vez menos sensibles al DDT. Muchos gobernantes especializados en estos temas se han percatado ya de que el estrecho control de la información, de censura estricta, de prensa dirigida, han perdido ya su vigor y su vigencia: que probablemente el exceso de dosis ha invalidado el sistema. Son necesarias —piensan— nuevas fórmulas de llegar a la opinión pública.

Una prueba de esta nueva defensa de la opinión contra la intoxicación la hemos tenido en el asesinato de Kennedy —ya lo he citado más de una vez como ejemplo de este caso—, en el que toda la información del suceso, preparada por verdaderos especialistas, no ha dado ningún resultado en el mundo. La falsa verdad no ha podido prevelecer.

Sin embargo, contra lo que no hay defensa es contra la noticia de choque como la que ha alarmado al mundo. Uno de los aspectos positivos del incidente es precisamente éste: que nos debe crear a todos una defensa contra la sorpresa. Es probablemente muy difícil que la gran masa llegue a producir por sí misma ese estado de expectativa que la defendía contra la noticia repentina que se mete en su hogar por la televisión, en medio de un programa de variedades cortado o de un folletín radiofónico que se interrumpe. Pero los que manejamos la información de primera mano —las agen-



Todo el fabuloso mecanismo de la información, el sistema nervioso que recorre el mundo, se puso en función abril para anunciar la muerte de Krutchev. Embajadores sacudidos en pleno sueño, fiestas interrumpidas, salta a sus automóviles. A pesar del inmediato desmentido soviético, hubo personas que dieron por cierta la noticia; podemos sospechar que hubo algo más que error y apresuramiento en su difusión. En las fotos, el «premier» soviético

cias, los periodistas, los ministros, los Jefes de Estado— necesitamos esta defensa contra la noticia-choque.

• • •

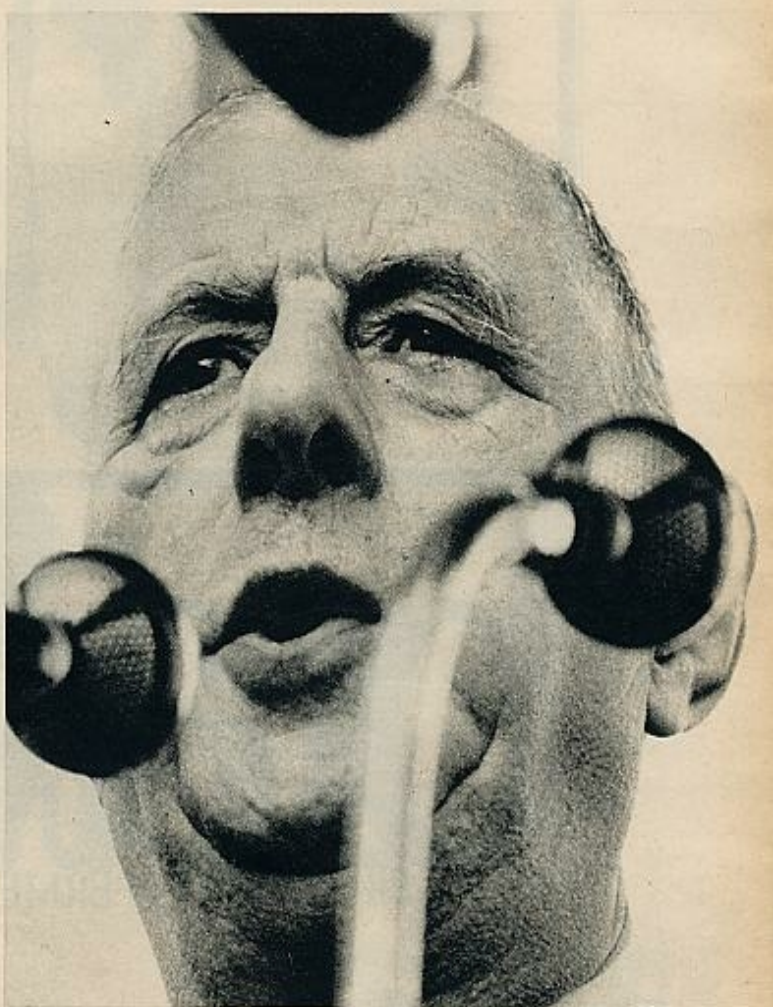
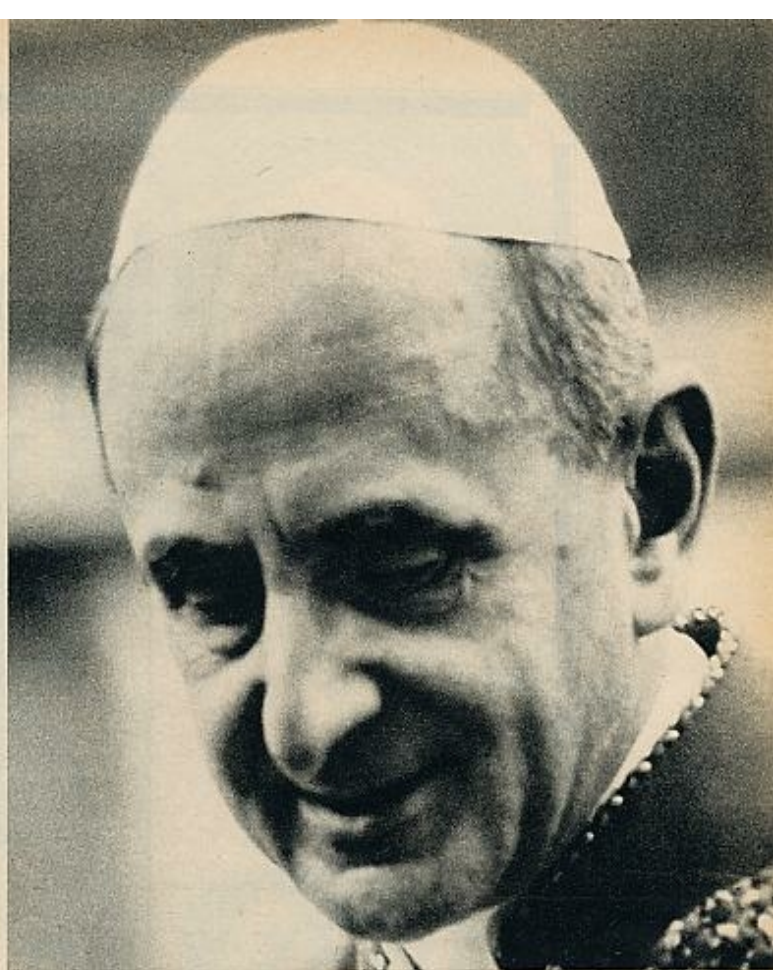
La semana, que comenzó con la falsa muerte de Krutchev —que pudo celebrar con felicidad su setenta cumpleaños, incluso con un telegrama de todos los dirigentes chinos—, terminó con un rumor típico de «noticia intoxicada»: la gravedad de De Gaulle. El General ha sido operado de próstata en un hospital de París. Cualquier médico sabe que a partir de los sesenta años es casi normal este tipo de operación, que los riesgos son escasos —aunque el simple hecho de una operación quirúrgica en un anciano como De Gaulle sea ya peligroso en sí— y que en un par de semanas puede recuperar toda su actividad. Sin embargo, se ha extendido por todo el mundo, en noticias incompletas, fragmentarias —probablemente por un exceso de control de la información: por las precauciones de silencio de que se rodeó la operación, por la prohibición a los periodistas de entrar en el hospital—, la versión del cáncer de próstata, y de la gravedad del General. Es decir, que en un espacio de cinco días hemos tenido que pensar en la posible muerte de dos prohombres del mundo, y de las posibles consecuencias de su muerte. Esta suspensión del mundo de la salud de los hombres fundamentales es otro motivo grave de meditación, que ya probablemente no cabe aquí. Pero sí puede decirse que en general —vistos los comentarios y los editoriales de todo el mundo— se ha pensado que el actual equilibrio de fuerzas es deseable: se ha creído que la desaparición de Krutchev en un momento de apaciguamiento entre los dos bloques y de diferencias entre dos sistemas comunistas, hubiera sido nefasta, y que lo hubiera sido también la de De Gaulle que está creando por su cuenta una «balance of powers» en Occidente. Yo me permito creer que son dos casos distintos. Krutchev es uno de los creadores de la actual pacificación, pero es un error creer que actúa por sí solo: representa una política clara y definida de quienes le han situado en ese cargo. Del general De Gaulle no puede decirse lo mismo: es un hombre solitario, es un creador de su propia política, frío para con su Gobierno, lejano—para con sus colaboradores, incapaz de crear un sistema al que representar o que pueda sustituirle. Su muerte hubiera sido mucho más amplia de consecuencias que la de Krutchev. En todo caso, la falsa muerte de uno y los rumores alarmistas —los llamo alarmistas provisionalmente, porque no puedo tener ningún elemento de juicio sobre su fundamento— sobre la salud del otro ha servido para demostrar que los dos hombres son más deseados que odiados.

«Verdadera, honrada, respetuosa y objetiva»: estos cuatro adjetivos de Pablo VI para definir la información, pronunciadas el viernes 16 de abril, pueden ser suscritas por todo el mundo. (El Papa hablaba así al anunciar lo que considera un trascendental documento que ha de publicar el Concilio sobre la libertad religiosa, tema que considera íntimamente ligado a la libertad de información.) ¿Cómo se puede conseguir? La solución parece utópica, a menos que sea —como va siendo— impuesta directamente por la opinión pública, cuya reacción de defensa va obligando forzosamente a retroceder a los partidarios de la información como arma, de la información como medio en lugar de como fin en sí.

Muchos temen a la verdad porque la consideran peligrosa, y es forzoso admitir que en algunos casos puede llegar a ser así: principalmente, para las situaciones o las personas que no viven establecidas sobre la verdad. Hay algo que desborda los peligros que pudiera ofrecer la verdad, y es la mentira. Si se considera que la verdad puede ser un mal, puede completarse la idea diciendo que es un mal menor, y que la mentira es un mal menor.

Apoyarse sobre la verdad y realizar un «desarme de la información» de forma que la noticia no sea un arma política, es una tarea urgente de todos.

E. H. T.



Los rumores alarmistas sobre la salud del Presidente De Gaulle —lo mismo que la falsa muerte de Krutchev— han servido para demostrar que ambos son más deseados que odiados. Tres días después, el Papa Pablo VI definía la necesidad de una información «verdadera, honrada, respetuosa y objetiva».